

AVENTURAS DE MOCHILA

Episodio 14

“El fantasma de la cascada”

Summer se inclinó en su silla de ruedas y asomó por un lado de un estante grueso de madera. Podía ver a su madre hablando atentamente con el canoso dueño de la librería, el Sr. Witherspoon, mientras examinaban con alegría un enorme libro encuadernado de piel. Summer entendía su fascinación con el libro antiguo—ella había encontrado su propio tesoro en los estantes que iban desde el suelo hasta el techo y que llenaban la librería, Witherspoon’s Antiquarian Relics, un lugar lleno de manuscritos mohosos y libros antiguos.

Summer agarraba un libro minúsculo, el tamaño de una tarjeta de crédito. *El fantasma dentro de la cascada: Una leyenda de Lowell contada por Mary O’Riley* era el título misterioso. Mientras Summer leía las pocas páginas amarillentas, estaba fascinada por la historia de una chica de una fábrica de textiles que se ahogó en la cascada del pueblo de fábricas, Lowell, el 13 de septiembre de 1853. Se contaba que se podía ver su fantasma en la cascada los días después de su muerte, flotando en el rocío. Summer había estado buscando la aventura desde que llegaron a Boston hace dos días para hacer unos análisis neurológicos en su espina dorsal. Investigar la leyenda de esta chica le distraería mientras esperaba los resultados de los análisis.

Summer se agachó detrás del estante grande. Tenía una idea. Tecleó “Lowell, Massachusetts” en el teclado de su computadora de mochila y descubrió que estaba a un par de horas de Boston. Mamá nunca haría un viaje tan lejos de la ciudad, pensaba

Summer, pero podría ir yo sola con las capacidades de viaje de mi computadora. Nunca he hecho eso. ¡Ojalá que Travis estuviera aquí!

Summer, su hermanastro Travis, y los cuatro amigos que pertenecían al Backpack Club, habían prometido no viajar solo usando la máquina poderosa que ellos llamaban el BPC. Pero, ¿qué dirían si ella pudiera salvar a alguien? Quizás ella podía cambiar el pasado y hacerlo mejor.

Summer miró al fondo de la librería. Un letrero en una grande puerta de madera de roble con una ventana encima decía “Servicios.” Eso le daría privacidad y podía ir y regresar sin perder tiempo. Su madre nunca se daría cuenta de lo que hacía. Ella pulsó un botón que hizo rodar la silla de ruedas motorizada.

“Mamá, voy al baño,” ella dijo mientras abría la puerta pesada. Summer echó la llave y nerviosamente, tecleó “15 de septiembre de 1853, Pawtucket Falls, Lowell, Massachusetts,” en el teclado. Mientras su dedo pulsó la última tecla, Summer temió que iba a llegar justo dentro de la cascada. ¡Pero era demasiado tarde! Brilló la luz del arco iris, rodeándola en colores mientras el ruido del agua cayendo llenaba sus oídos.

El ruido se convirtió en una trompetada y los colores parecían cristalizar en gotas pequeñas de agua que caían en el pelo rubio de Summer. Ella se dio cuenta con alivio de que no estaba dentro de la cascada sino muy cerca de ella, en un lugar con hierba y una arboleda de arces. Miraba el agua del río Merrimack saltar por las piedras en una serie de cascadas.

Aunque el río era muy impresionante, Summer estaba más asombrada de ver que estaba en un pueblo grande que iba hasta la orilla del río. La arboleda donde estaba parecía ser parte de un parque de la ciudad.

En la distancia, edificios enormes de cinco pisos bordaban la orilla y más lejos Summer podía ver unas esclusas y unos canales que llevaban el río a las fábricas masivas. Había filas largas de edificios de dos pisos entre las fábricas y la gente iba por todos lados, por las calles y los puentes arriba de los canales, entre los edificios y por los ferrocarriles a lo largo de las calles.

De repente, el sonido de voces de chicas sorprendió a Summer y ella se volteó en la silla de ruedas para ver a un grupo de chicas de las fábricas huyendo de la orilla y gritando de temor. Ella recordó lo que le llevó aquí y temía saber la causa de sus gritos. Una chica alta y pelirroja de más o menos dieciocho años con ojos verdes y grandes estaba gritando lo más alto y corría directamente a Summer como si no viera a ella ni la silla.

“¡Párate!” gritó Summer. “¿Qué te pasa?”

La pelirroja se paró y miró a Summer sospechosamente. Las otras la rodearon, todas eran pelirrojas o con pelo castaño, con ojos grandes y vestidos sucios de algodón. Ninguna era tan alta como la primera chica. Ninguna sonrió a Summer.

“Bueno, señorita, tú tendrías mucho miedo si hubieras visto un fantasma también, no?” la chica contestó con desprecio. Su fuerte acento irlandés le marcaba como una inmigrante reciente.

“¿Un fantasma? ¿Ahora? ¿Hoy?” Summer empezó a discutir con ellas, pero decidió que era mejor fingir que no sabía nada del fantasma.

“Sí, allí en la cascada. Seguro que era Bobbin,” contestó una chica pequeña de nueve años que vino adelante. Estaba cubierta de tierra y no llevaba zapatos. Tenía mocos en la nariz. La pelirroja alta la miró con desprecio y la empujó atrás.

“Sé más cortés, Sheila, o estarás nadando con el fantasma pronto,” gruñó la pelirroja entre dientes. La chica menor se rebajó y corrió a un edificio pequeño al otro lado de los árboles.

Summer saltó cuando oyó el nombre “Bobbin,” porque eso era el nombre de la chica muerta en el libro pequeño que todavía tenía en la mano izquierda. ¡Entonces alguien sí se ahogó! ¿De veras había un fantasma ahora?

“¿Quién eres?” demandó la chica alta, mirándola furiosamente. Ella tosió fuertemente, escupió flema en la tierra, y se limpió la boca con la mano. Summer no sabía qué había hecho para enfadar a la chica, además de verla con miedo. La pelirroja de piernas largas parecía peligrosa ahora que no estaba gritando y estaba claro que las otras chicas la temían. Summer tenía que pensar rápidamente para controlar la situación.

“Soy, em, Señorita, em, Señorita Summer, la sobrina del dueño.” Summer miró los letreros encima del edificio más cercano. “Srta. Summer Lowell,” añadió, leyendo el nombre de la fábrica y esperando que le protegiera de algún modo.

La chica se enderezó la espalda y dejó de fruncir. Las otras chicas se retrocedieron dos pasos y dejó a la alta sola.

“¿Cómo te llamas y por qué me ibas a atropellar?” Summer se dio cuenta del respeto tácito que le dieron y decidió ejercer su poder.

“Me llaman Mary-O y yo—nosotras—no queríamos hacerle daño. Solo vinimos para presentar nuestros respetos, se podía decir, a Bobbin, quien se ahogó en la cascada hace dos días. No va a tener un funeral formal porque no han encontrado su cuerpo.”

“¿Hace dos días? Pero pensaba...” Summer vaciló. ¡Habría confundido las fechas! Mary-O le estaba mirando, no debía parecer confundida. “Pensaba que por lo menos tendrían un funeral. ¿Qué de su familia?”

“Es huérfana como yo. Por eso éramos tan—buenas amigas. No había nadie para cuidarnos.” Mary-O tenía una expresión de tristeza fingida que parecía rara con su estatura grande. “Le dije que no nadara en el río o le ro...”

De repente, se pusieron los ojos muy grandes de nuevo. “¡Por eso vi el fantasma hoy! Bobbin dijo que regresaría como hada del agua si yo...”

Ahora las otras chicas se alejaron más de Mary-O. Summer podía ver el miedo en los ojos de Mary-O mientras se puso las manos a la boca para suprimir un grito de angustia. Las otras se huyeron en la misma dirección que se fue la chica que se llamaba Sheila y dejaron a Mary-O sola con Summer. Mary-O tosió de nuevo y empezó a ahogarse en la flema. Respiró de nuevo y usó la orilla de su vestido como pañuelo.

“Enséñame el lugar donde viste a Bobbin,” mandó Summer. Empezó a rodar en la silla de ruedas, dándole miedo a Mary-O de nuevo. Tenía tanto miedo que se tropezó y se cayó, huyendo a gatas de Summer.

Summer empezó a reírse, pero se recordó de Bobbin. Tenía que averiguar si en verdad había un fantasma—o un cuerpo—en la cascada. Miró a Mary-O seguir a las demás.

Rápidamente Summer encontró el camino que iba al río y que las chicas había hecho, y ella lo siguió más y más cerca a la orilla. El ruido de la cascada era ensordecedor y en algunas partes del camino había lodo y estaba resbaladizo. Había piedras en el camino

que podían agarrar a las ruedas. Hay que tener cuidado o yo voy a ser la que nada con el fantasma, pensaba con miedo.

Summer miró el agua, pero no podía ver ni un cuerpo ni nada que parecía un fantasma. Sentía un deseo de llamar a esta pobre, ahogada chica, como si decir su nombre pudiera cambiar el pasado. A pesar de todo, se sentía tímida, como si alguien le estuviera mirando.

Ella miró detrás de sí misma. Nadie. No había más que los árboles y la hierba alta del parque en esta parte de la orilla.

“Bobbin,” Summer susurró roncamente. Ella se inclinó hacia el agua corriente y habló más alta. “¿Bobbin, estás aquí?”

El río llevó sus palabras, ahogando todo sonido menos el suyo. El agua marrón se arremolinaba, mojando las piedras mientras corría al lado del camino lodoso.

Summer levantó las manos a la boca para gritar el nombre de la chica perdida. Mientras lo hacía, se cayó el libro pequeño de la mano y ella se tiró adelante para recogerlo. La silla de ruedas se movió y empezó a deslizarse peligrosamente cerca del río. Summer intentó frenar, pero en la cuesta resbaladiza no había tracción para las ruedas. Ella agarró la mochila en el regazo.

De repente, una chica, vestida de una ridícula mezcla de trapos de algodón, saltó delante de Summer y agarró la silla de ruedas, parándola a solo pulgadas del río. Tenía el libro en la mano. Tenía el pelo largo, castaño y limpio y pecas en la cara. Había una chispa traviesa en sus ojos cafés vivos. Su cuerpo era delgado pero fuerte.

“Hola. Yo soy Bobbin. Si no te importa, preferiría no nadar ahora mismo.” Con sus brazos fuertes, maniobró la silla de ruedas hacia otro camino mientras seguía hablando.

“Este dispositivo bastante raro merece una examinación cuidadosa. Por favor, déjame rodarte a mi domicilio nuevo.”

Antes de que Summer pudiera protestar, Bobbin la tenía escondida en un arbusto grande que era excavado como una cueva. Se ubicaba en un precipicio arriba del río y Bobbin puso unas ramas enfrente de la apertura, escondiéndolas de la vista desde afuera.

Los ojos de Summer tardaron un momento en acostumbrarse a la luz que filtraba por las hojas del arbusto. Podía ver espinas grandes en el exterior, pero este lugar había sido hecho cuidadosamente y parecía muy seguro. El ruido del agua corriente estaba cerca, pero aquí no le daba miedo.

Bobbin estaba enfrente de Summer, y su apariencia era aun más extraña en esta sombra. Pero ella tenía una sonrisa grande, como si salvar a alguien del río fuera algo que pasaba todos los días. Summer inhaló y le contestó.

“Gracias por salvarme. ¿Estás viva también, no?”

Bobbin se pellizcó y soltó un gañido pequeño. “¡Nunca he estado más viva!”

“¡Bueno, las otras chicas piensan que eres un fantasma!”

Bobbin se rió a carcajadas, pero empezó a toser como Mary-O. Tardó mucho en respirar normalmente de nuevo. Finalmente, podía continuar.

“Eso es lo que quería. Es más fácil huirme si todos piensan que estoy muerta.” Respiró roncamente, “Vi como asustaste a Mary-O. ¡Eso es lo que merece! Hace años, ser una chica de la fábrica de Lowell era una oportunidad para una vida mejor. Pero ahora...Digamos que no quiero que Mary-O y las que le siguen me intimiden. Ella amenaza robarme la ropa cuando nado solo porque ella no sabe nadar. Y ella ha convencido al Sr. Farnsley darle mi trabajo. Trabajo muy duro para mi sueldo y he

estado aquí cuatro años más que estas recién llegadas. Tengo la prioridad aunque tengo cinco años menos que Mary.”

“¿Trabajo? Pero solo eres una niña.” Summer no podía imaginar qué tipo de trabajo una chica tan delgada como Bobbin podía hacer.

“Tengo trece años, señorita, y he trabajado y mejorado mi posición desde tender las bobinas a hilar y por fin a hacer la tela. He hecho casi cada tipo de trabajo que hay en las fábricas de Lowell. Soy mejor que el viejo Farnsley, el capataz de la fábrica. Creo que él teme que yo le vaya a hacer parecer incompetente enfrente de los dueños de la corporación. Por eso él toma el lado de Mary-O y le deja intimidar a las otras chicas. No era así cuando mi tía Ruth vivía aquí. Pero ella se fue hace seis meses. Recibí una carta de ella hace tres días.” La expresión de Bobbin había suavizado cuando mencionó a su tía y una sonrisa tierna lucía en el rostro.

“¿Adónde se fue tu tía?”

“A California. No es igual que en '49, pero todavía hay oro allí y uno que no tiene miedo de perder unas comodidades puede hacer una fortuna. Ella sacó sus ahorros y se fue al oeste en diligencia. Yo pienso ir en vagón después de llegar a St. Louis.

“Entonces, ¿te vas a California? ¡Es tan hermoso allí! Volamos a Los Ángeles y visitamos a Hollywood y por supuesto, a Disneyland. Mi hermano hizo surfing en Pacific Beach cuando fuimos de vac...” Summer dejó de hablar. Bobbin le estaba mirando con asombro.

“¿*Volaste?*”

“Bueno, em, es que, es una expresión, sí, que se usa en California...porque hay tantas colinas...puedes ver como un ave...la gente de California tiene una manera distinta de hablar. Usa mucha jerga.”

Bobbin le miró a Summer cautelosamente.

“No eres la sobrina del Sr. Lowell, ¿verdad?”

“No.”

“Y tampoco sabes mentir bien, ¿verdad?”

“No.”

“Pues, debes dar gracias por el hecho de que Mary-O es tan estúpida. Porque si no, ella se habría dado cuenta de que no eres heredera de los Lowell y habría empujado este dispositivo en el río. Pero bueno, casi lo hiciste tú. Toma. Aquí tienes tu libro.” Ella tiró el panfleto pequeño en el regazo de Summer.

A Summer le daba pena que hubiera descubierto Bobbin que estaba mintiendo. ¿Pero como le podría decir la verdad? ¿Qué pensaría? El agua marrón bañaba las piedras debajo de ellas y el único sonido en el arbusto era el canto de unos reyezuelos.

“Bobbin, siento mucho mentir. Es que la verdad parece tan extraño que no pensaba que me creyeras. Temía que si te dijera la verdad, me entregarías a las autoridades. La verdad es demasiado increíble.”

“Bueno, tenía confianza en que tú no me entregabas a las autoridades. Srta. Summer, he visto una cápsula de algodón blanco y sucio convertirse en un trozo suave de tela celeste que durará como el hierro. He oído que el Sr. Lowell se fue a Inglaterra y memorizó los planes para hacer los telares y regresó e hizo máquinas mejores y empezó

una industria nueva.” Bobbin suprimió una tos y tragó. Summer podía ver mover su pecho mientras intentaba no toser.

Bobbin tosió un poco y habló en una voz ronca y baja. “Mi madre, que descanse en paz, era la hija de un granjero pobre y se fue a trabajar en la fábrica de Lowell y ganó la vida y aprendió a leer y a escribir. Regresó a casa y se casó con el dueño de una tienda, mi padre. Cuando se murieron, mi tía me llevó a Lowell para vivir con ella. Entonces, las fábricas estaban empleando a chicas más y más jóvenes. Yo era tan pequeña que me llamaron Bobbin, o “bobina,” pero era la mejor en usar las máquinas. Entiendo como funcionan y puedo arreglarlas cuando se estropean. No se puede creer que una chica arregle las máquinas. La mayoría de las historias son increíbles, señorita.”

Había un silencio incómodo mientras las dos chicas se miraron la una a la otra. Summer sintió el pequeño libro en su mano y recordó por qué estaba allí. Rompió el silencio.

“Nada más de secretos entre nosotras, entonces. Dime, Bobbin, ¿Cómo flota tu fantasma en la cascada?”

Una sonrisa apareció entre las mejillas pecosas de Bobbin. Empujó parte del arbusto a un lado y señaló al centro de una bajada de cuarto pies debajo de un canto grande en medio del río.

“¿Ves este lugar allí? Encontré una grieta detrás de la cascada que lleva a una piedra plana, una cueva en miniatura detrás del agua. La repisa es muy estrecha, así que solo una persona muy flaca y pequeña puede entrar allí. Cuando llego a la piedra plana, puedo arodillarme y desplegar los brazos en el rocío. Me imagino que parece que estoy

flotando. Rasgué mi ropa para que pareciera que había caído en las piedras. Mary-O es supersticiosa. ¡Juraría que ha visto un fantasma!”

“¡O una hada del agua! ¡Eres muy lista, Bobbin!”

“Lo planeé con mucho cuidado después de que se fue Tía Ruth. Puse un cambio de ropa aquí en el arbusto y todo mi dinero está escondido cerca de aquí. He escondido comida cerca de la estación de tren y he memorizado el horario. Voy en tren hasta St. Louis.” Mientras hablaba, Bobbin se cambiaba de la ropa harapienta a ropa de chicos: unos pantalones negros y una camisa gris de manga larga hecha de algodón.

“¿Cómo conseguiste ropa de chicos?” preguntó Summer.

“Me la mandó mi tía. Toma,” decía Bobbin mientras le dio unas tijeras a Summer. “Me puedes ayudar a cortarme el pelo como un chico.”

De mala gana Summer tomó las tijeras y se le cortó el pelo largo y castaño de Bobbin poco debajo de las orejas. Luego Bobbin tomó un viejo sombrero negro y le puso en la cabeza. El efecto era transformante. Nadie sabría que la joven delgada no era chico.

“Solo hay una cosa más, pero tenemos que esperar hasta la noche,” dijo Bobbin, sentándose en la tierra enfrente de Summer. “Parece que tienes tiempo suficiente para contarme como esta silla se mueva a solas. ¡Y cómo volaste!”

Horas después de la puesta del sol, Bobbin todavía le estaba haciendo preguntas a Summer sobre la vida en los siglos XX y XXI. Bobbin había declinado la oferta de Summer de viajar con ella al futuro. Dijo que sabía demasiado de la volubilidad de las

máquinas para no tener confianza en unos botones pequeños para llevarla a través del espacio y el tiempo. En vez de viajar, Bobbin tentó a Summer con pasajes de la carta de Tía Ruth, con visiones de espacios grandes y abiertos y vistas naturales.

El reloj de la torre de la fábrica de Lowell sonó la medianoche. Bobbin empujó las ramas del arbusto a un lado y las chicas se fueron de su santuario. Summer tenía mucha hambre, pero Bobbin parecía no haberse dado cuenta de que habían hablado en vez de cenar.

“Ahora el último adiós. No estoy preocupada por mí, Summer, pero sí me preocupo por la pequeña Sheila. Mary-O es muy cruel con ella y ella no es tan fuerte como yo. Ha estado enferma mucho también. Como todas, pero nunca se mejora, ni en su día libre.”

“Entonces, ¿Qué has planeado?”

“Voy a dejar esta nota sujeta al vestido en que me ‘ahogué’ y dejarla en la cama de Mary-O mientras duerme.”

“Pero esto es un riesgo grande.” Al carácter cuidadoso de Summer no le gustaba este plan.

Bobbin se encogió de hombros. “No voy a hacer ruido. ¡Quiero que Mary-O piense bien antes de atormentar a Sheila de nuevo!”

“Pero si la dejas en la cama, ella puede esconderla sin decir nada a nadie.”

Bobbin vaciló. Había contado con la naturaleza supersticiosa de Mary-O, pero sabía que la valentona era astuta y decepcionante también. Quizás sí escondería la nota y el vestido. De lo que había aprendido de su nueva amiga, Summer era muy inteligente y

muy lista también. ¿Valía el riesgo atormentar a Mary-O? En la luz débil de la luna, Summer podía ver la duda en la cara de Bobbin.

“Quizás hay otra manera de entregar la nota,” sugirió Summer. “Tengo una idea.”

* * * * *

C-r-r-r-i-i-i-c. Gruñó la bisagra de la masiva puerta de madera cuando Bobbin lentamente abrió la entrada principal de la fábrica. Summer podía oír el reloj sonar la cuarta de la hora. Habían tardado quince minutos en navegar las calles oscuras que iban desde el parque hasta la fábrica donde trabajaban Bobbin y Mary-O. No habían visto a nadie porque las chicas tenían un toque de queda desde las 10 de la noche hasta las 4 de la madrugada, cuando regresaban al trabajo. El equipo de mantenimiento había terminado a las once, y la hora justo después de la medianoche era la hora más silenciosa en Lowell.

Bobbin abrió la puerta para dejar entrar la silla de Summer y la cerró con cuidado detrás de ellas. El aula estaba tan oscura que Summer ni podía ver las manos. Estaba muy consciente de sus otros sentidos.

Ella podía oír la respiración ronca de Bobbin. El olor de tinte de tela, sudor, y el aire estancado llenaba los pulmones de Summer y el polvo le picaba la nariz. No estornudes, ella pensaba. ¡Por favor, no estornudes! Summer intentaba respirar por la boca. Podía saborear el polvo como tiza en el fondo de la garganta. Summer se inclinó hacia atrás, las manos en los botones que controlaban la silla de ruedas, lista para huir. Sentía algo masivo enfrente de ella en la oscuridad. Unos golpecitos detrás de ella le hicieron estremecer.

De repente, apareció una luz cuando Bobbin encendió una lámpara de gas en la pared al lado de la puerta. Summer inhaló y Bobbin puso la mano encima de la boca justo antes de que gritara. A dos pies enfrente de Summer había una máquina de hierro negro de diez pies de altura con partes como brazos que extendieron por el pasillo delgado en los dos lados de la monstruosidad.

Bobbin quitó la mano y le susurró, “Lo siento no advertirte de Grimm. Eso es lo que llamamos esta máquina. Parece algo de un cuento de hadas, ¿no?”

Los ojos de Summer se pusieron más grandes y ella asintió en silencio.

“Puedes quedarte aquí si quieres. Los pasillos no son muy anchos. Ésta es la única lámpara que voy a encender.” Bobbin señaló a las ventanas delgadas justo debajo del techo de doce pies de altura. “Las ventanas allí están cerradas y el polvo las cubre tanto que no entra la luz, así que supongo que no se puede ver desde afuera tampoco, pero no quiero tomar riesgos. Además, conozco este lugar muy bien.

“Te sigo. Pongo la silla en “manual” para no hacer ruido.”

Lentamente, fueron al final de los telares enormes. Trozos de hilo cubrían las ruedas de goma de la silla de Summer y se pegaban a las manos mientras ella empujaba la silla. El aula parecía estar llena de filas sin fin de telares y otras máquinas. Rollos gruesos de tela estaban amontonados al lado de unos telares. Canastas con canillas de hilo con un diámetro de seis pulgadas decoraban la pared más lejana, esperando ser tejido en tela.

Las chicas pasaron una escalera ancha de metal que iban hacia abajo al nivel del río donde barcos descargaban balas enormes de algodón cruda en una aula en el sótano. Los ojos de Summer eran atraídos a la escalera que bostezaba como una cueva, tan negro como el azabache y con un viento fresco que soplaba desde allí. En esta parte del edificio

era mucho más difícil distinguir las máquinas de las sombras en la luz brumosa que hacía juegos con los ojos de Summer. Quería preguntarle a Bobbin cuánto faltaba, pero no atrevería hacer ningún ruido.

Llegaron a una aula pequeña hecha de cajas de madera amontonadas en el rincón más lejos con un trapo sucio como puerta. Bobbin abrió la cortina y la sujetó con un clavo a la pared. Estaba demasiado oscuro dentro del aula para que Summer viera, pero Bobbin caminaba como si la luz del mediodía entrara allí. En un instante, salió de nuevo, cerrando la cortina. Aun en la luz débil, Summer podía ver la chispa traviesa en sus ojos.

“Dejé el vestido en que ‘ahogué’ y la nota en el taburete. Ésta es mi oficina vieja. Mary-O la ha puesto tan sucia como una pocilga. Espero que ella no tarde mucho en encontrar mi mensaje,” ella susurró.

“Seguro que la encontrará por la mañana y ya te habrás ido entonces. ¿No dijiste que querías irte por el tren que sale a las tres de la madrugada?” Summer le contestó, susurrando. Apenas podía oír el reloj de la torre sonar la media hora a través de las gruesas paredes de ladrillo de la fábrica. Era un sonido apagado, pero Summer oía un sonido metálico con cada campanada.

“Vamos, te empujo para ir más rápido,” ofreció Bobbin.

Ella rodó la silla de Summer rápidamente por el pasillo mientras corría detrás de ella. Mientras acercaban la escalera, Summer vio una luz anaranjada al cima de la escalera. Bobbin empezó a respirar con dificultad y no se había dado cuenta de la luz rara.

“¡Párate!” susurró Summer urgentemente. Bobbin se paró de repente y la silla se giró a la izquierda, la rueda tocando una vara de metal que extendía de la máquina a

cuatro pulgadas del suelo de madera áspera. Summer notó un olor apestoso que parecía venir de la escalera. Ella resopló mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Bobbin se inclinó al lado de la oreja de Summer y susurró, “Ése es Farnsley, el capataz de la fábrica. Está encendiendo la pipa con un ‘locofoco,’ una cerilla pestilente. Debían ser prohibidos, son tan peligrosos.

Latía fuertemente el corazón de Summer. Cada sonido parecía más grande, cada olor más fuerte, y sus ojos inútiles. La luz anaranjada parecía bailar en la oscuridad aterciopelada de la escalera.

Summer y Bobbin se pararon, temiendo hacer ruido.

“Alguien se olvidó apagar la última lámpara,” la voz de Farnsley resonaba en la fábrica. Summer miró mientras un hombre de edad mediana con una barba áspera salió de las sombras, sosteniendo una pipa entre sus labios delgados. “Estarán intentando quemar la fábrica entera,” murmuró mientras bajaba la escalera.

Farnsley se volteó y miró el lugar donde las chicas intentaban esconderse en la oscuridad. Bizcó y sus ojos se estornaron. Escrutaba con la mirada en la oscuridad.

“¿Quién está? Te veo perfectamente bien. ¡Ven acá y muestra que no eres ladrón ni espía!”

Summer buscaba el teclado en su mochila. Latía fuerte el corazón. Podía oír la respiración laboriosa de Bobbin.

“Bobbin, agárrame el hombro y te llevo a la estación de tren.”

Summer se sentía la mano delgada de Bobbin agarrarle el hombro izquierda. Empezó a teclear las nuevas coordenadas: 16 de septiembre de 1853, 2:50 de la madrugada,

estación de tren de Lowell, Massachusetts. Mientras tecleaba, Bobbin le agarraba más fuertemente. Summer podía oír acercar los pasos de Farnsley.

“Eres tú, Bobbin, ¿no? ¡Sabía que no estabas muerta, picapleitos! Pero, ¿Qué tienes contigo?” Farnsley saltó adelante y agarró la rueda de la silla. “¡Ja!”

Bobbin gritó “¡No! ¡Déjala en paz!” Intentó mover la silla, pero la otra rueda estaba enganchada en la vara de metal.

“¡Es la voz de Bobbin, seguro!” gritó Farnsley con una risa malvada. “¡Esperarás estar muerta después de que termine contigo!”

Farnsley se rió de nuevo, pero su risa se convirtió en una tos fuerte y soltó la rueda para sacar la pipa de la boca. En aquel instante, Summer pulsó el botón para activar el BPC. La luz de colores brillantes bailaba en los telares y cegó a Farnsley quien dejó caer la pipa y tuvo que pisar el escoldo para no encender la fábrica.

Con alegría Bobbin le dio al conductor el billete para el tren a las tres de la madrugada. Giró para ver a Summer y empezó a decirle algo cuando sonó el silbato del tren, sofocando sus palabras.

Summer saludó a la valiente chica vestido de chico que iba al oeste hacia cielos azules y libertad. Summer sacó el teclado y pulsó los botones para regresar a la librería.

“Sí, lo sé, Bobbin. Las historias de la mayoría de la gente son increíbles,” se decía.